

LA MAGDALENA

Antigua agencia funeraria de JOSE TORREGROSA

MAGDALENA, 27.—TELÉFONO 281
GRAN SURTIDO EN CORONAS DE TODAS CLASES Y PRECIOS

CURACIONES SORPRENDENTES

con los específicos homeopáticos de García Cenarro.

ABADA, NÚM. 6

Anticatarral.	2 pesetas.	Caja para Anemia.	3 pesetas.
Antinervioso.	2	Lombrices.	2
Caja para Tosferina.	2,50	Dispepsia.	2
Sifilis.	4	Estreñimiento.	2
Reuma.	5	Dentición.	2
Herpetismo.	3	Flatulencia.	2
Catarro de la vejiga.	2	Hemorroides.	2

Se remiten por correo y se regala un librito con su instrucción. Pídanse también en los Depósitos de Especialidades.

VINO DE NUEZ DE KOLA

NUEZ DE KOLA GRANULADA
—DE COIPEL—

Verdadero tónico del sistema nervioso.—Tomado en estado de salud, excita el poder cerebral hasta el punto de facilitar prodigiosamente los trabajos intelectuales, esto es, haciendo la comprensión más rápida, la reflexión más profunda y extensa, la retentiva más viva y duradera.—En los procesos morbosos reemplaza, con ventaja, á la quina, siendo notables sus efectos en los estados adinámicos.—Obra también sobre el aparato muscular, como lo prueba la facilidad con que se hacen ascensiones de montañas y marchas prolongadas.—Sus propiedades hacen que sea el específico de la *neurostenia*, combatiendo la laxitud física y moral.

DEPÓSITO CENTRAL:
Barquillo, 1, farmacia.—Madrid.
4 pesetas frasco.

¡Para calzado de lujo!
Tordesillas.
5 Bordadores 5

LOS MEJORES GUANTES

F. GELY

Expoz y Mina, 3. Entresuelo.

Camisería de Martínez.
2—San Sebastián—2.

SERVICIOS FÚNEBRES

DESIGNA 10
TELÉFONO 205

CON 2 R. VON. y una sola caja se curan las *neurostias*, usando las pastillas **BENZOCADAS** de Villa y Puerto. Plaza del Ángel 16 = Alcalá 88 = y en todas las farmacias.

DROGUERÍA Y FARMACIA

DE LOS HIJOS DE CARLOS ULZURRUN
ESPARTEROS, 9

REGULEZ FÁBRICA DE CORSÉS
9 — BORDADORES — 9

ANTIGUA RELOJERÍA DE ANTONINO

hoy de su hermano y sucesor

ATILANO TENDERO

RELOJES DE LAS MEJORES FÁBRICAS

Se hacen toda clase de composturas con economía y precisión.

Especialidad en la restauración de relojes antiguos.

Calle Mayor, 27

BORISOL

Antiséptico antipútrido y desinfectante.—Superior al ácido bórico y al borato de sosa; más soluble en frío y en caliente, y más eficaz como preservativo y curativo de las enfermedades de las mucosas y de la piel.

Se emplea contra los males de los párpados, oídos, nariz, boca, afecciones de la matriz y otras.

Farmacia de G. Torres Muñoz, S. Marcos 11, Madrid.

Caja. 2,25 pesetas

VIUDA DE ARAMBURO

PROVEEDORA DE SS. MM. Y AA. RR.

Príncipe, 12, Madrid.

Lentes y gafas, gemelos de teatro, anteojos, campanillas eléctricas, teléfonos, telégrafos, tubos acústicos.

Material de luz eléctrica e instalaciones. Fonógrafos Edison y gramófonos, fotografía, etc.

Envíos a provincias.

TIPOGRAFÍA MODERNA

Espíritu Santo, 18, Madrid.



Aguas bicarbonatadas SÓDICAS DE MONDARIZ Fuentes de Gandara y Troncoso.

PROPIEDAD de los Hijos de PEINADOR Galicia-Pontevedra.

Se vende un hotel en buenas condiciones. Razón: Urosas, número 8, pral., izqda. De diez de la mañana á una de la tarde.

GRAN ZAPATERÍA DE Manuel Caneyro

Calzados finos á precios económicos.

Desengaño 9, 11 y 13. Esquina á la del Carbón.

PRECIADOS, 20

TELÉFONO 225

LA FUNERARIA

GRAN EXPOSICION DE CORONAS

LETRAS DE MOLDE

Espíritu Santo, 18 MADRID Teléfono núm. 558

Se prepara un número especial, del que se hará una tirada de

100.000 EJEMPLARES

en gran tamaño, para la Exposición Universal de París. Llevará las firmas de Emilia Pardo Bazán, Blanca de los Ríos, Juan Valera, José Echegaray, Víctor Balaguer, Eugenio Sellés, Jacinto Octavio Picón, Manuel del Palacio, Eusebio Blasco, Emilio Ferrari, Mariano de Cavia, José Ortega Munilla, Leopoldo Alas (Clarín), Miguel Ramos Carrión, Arturo Reyes, Vital Aza, Vicente Medina, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, Luis Taboada, Federico Oliver, etc.

Anuncios para este número á 2,50 pesetas línea.

bó por comprender que también era materialmente posible la causa de su miedo. No se dió á pensar en el carácter y antecedentes de Rafaela, sino en cómo, cuándo y con quién podía enganarle, admitiendo desde luego la hipótesis y necesitando únicamente datos para verla convertida en triste realidad. Entonces paró milites en que sus ausencias podían facilitar el engaño; esta idea se unió á la impresión que le produjo la inesperada amabilidad de Pedro; recordó que Rafaela no salía de casa sino para ver á su tía Pascuala, cuyo solo nombre le hizo poner mala cara, creyéndola ya tercera del mal que sospechaba, y fué, por fin, atando cabos, hasta hacer memoria de que algunas veces, cuando llevaba á Rafaela á Torrejoncillo, el Conde acudía á inspeccionar los trabajos, y que rara vez acecía esto cuando iba él solo. Aún más; se dió el caso de que, estando los tres en Torrejoncillo, le hiciese el Conde volver repentinamente á Madrid, so pretexto de algún negocio y sin darle tiempo de traerse consigo á Rafaela.

Esto último acabó de abrirle los ojos; la sospecha tenía ya fuertes raíces. Como postrer recurso de imaginativa para no creer lo que le sucedía, se acordó de lo poco mujeriego que fué Pedro en sus mocedades; pero, ¿y él? ¿No había sido también difícilmente enamorado, y, sin embargo, no estaba sojuzgado ahora por Rafaela? Al darse esta respuesta, el primer sentimiento que le dominó fué la ira, clara prueba de que no quería á su mujer; no experimentó pena ni tristeza, sino rabia. ¡Cuántos beneficios la había dispensado! ¡Con qué grandeza de alma la había elevado hasta sí! Los olvidados impulsos del apetito to-

maron en su imaginación, forma de buenas acciones. Y ella, ¡cómo le pagaba!—«Recoja usted una mujer de la calle—se decía,—arránquela usted á las asquerosidades del vicio, á las miserias del hambre; porque si no fuera por mí, no tendría qué comer; conviértala usted en señora, y luego!...»—Pero no tuvo un momento de dolor profundo, ni un quejido del alma, ni una lágrima por la ilusión perdida. Todos fueron arranques del despecho, gritos del amor propio.

No lo que hizo, sino lo que dejó de hacer, pinta á aquel hombre. Quiso convencerse materialmente, llegar hasta la evidencia; pero al fin de todas sus cavilaciones halló la idea de tener que abandonar aquella casa, que consideraba como suya, cuyos negocios le parecían obra exclusivamente propia, y cuya prosperidad se le debía. Todo lo cual le horrorizó más que la culpa de Rafaela, no por amor á la casa, no por una fidelidad ya imposible, sino por apego á su posición cómoda y descansada, por rutina de costumbres, por esas miserables pequeñeces que son las que envilecen más. Cuando el hombre obra torpemente, su voluntad busca medios de justificar la propia infamia. ¡Y qué rica en recursos es entonces la imaginación!

—«¿Quién lo sabe?»—se dijo.—«Separándome, ¿qué evito? ¿dónde voy luego? ¿Y la niña?... No: ¡la chical!... ¿Seré su padre?...»

Fué un monólogo largo, repugnante, de muchos días, que contado parecería horrible, y en realidad era asqueroso. La idea que se le impuso, superior á su voluntad y su despecho, fué la de confirmar aquellas sospechas. Que-

ría verlo, convencerse de ello, sin que ni por un momento le dictase algo decoroso la dignidad ofendida.

Poco tardó en lograrlo. A la semana siguiente tuvo que trasladarse á Torrejoncillo, y á los dos días llegó el Conde.

La quinta distaba del lugar como dos tiros de fusil, y su perímetro era tan grande, que dentro de él había una parte de monte, extensos llanos que regaba el Henares formando deleitosa vega, campos labrados, terrenos baldíos y espesos matorrales con abundante caza.

En el centro de la posesión estaba la casa: un edificio de pueblo compuesto de dos grandes cuerpos labrados en épocas distintas y unidos después por otro más moderno, formando con los anteriores un patio que cerraba una tapia con su portón al campo. Los cuerpos laterales se comunicaban interiormente, y uno de ellos tenía una puerta pequeña al patio. A la derecha del portón estaba el cuarto de los mozos, con cabezales de bestia colgados de los muros, mantas tiradas, alforjas, un gran hogar al fondo flanqueado por dos montocillos de leña, sarmientos y rastrojos hacinados para alegrar el fuego, y en todo ello polvito que traía el viento y mal olor que dejaban los gañanes.

El patio, empedrado de menudos cantos, que el agua había separado donde caían las canales, estaba lleno de aperos de labranza, hoces, azadas, palas de hierro y azadones con el pico abrigado por el uso y los mangos de palo sebosos y mugrientos. Había brazos de tomiza para hacer rediles, yugos y arados, rejas y estevas, cán-

taros de hoja de lata para la leche y aparejos de bestias; veíanse colgando de las paredes cribas de desecho, soguillas para sujetar las cargas y jaulas de reclamos que á la noche se metían bajo techado enfundadas en sus bayetas verdes.

De todo ello cuidaba el tío Forzudo, un guarda, hombre ya entrado en años, más fuerte que un roble, con el rostro curtido por la intemperie y el entendimiento por la malicia rústica: era rudo y muy bruseo, pero ladino y socarrón. Forzudo le llamaban porque en sus buenos tiempos desgajaba una rama de olivo entre las manos, y sujetaba un potrero para herrarlo: tenía su habitación en la planta baja de la casa, con una gran ventana al patio, desde la cual podía vigilar sin cansarse.

De las piezas altas de la casa, sólo tres ó cuatro había amuebladas para el uso del Conde, y una más modesta, donde habitaban Pablo y Rafaela cuando venían al campo. Altos y copudos álamos blancos, plantados á distancias desiguales, circundaban la casa, y entre las líneas claras de sus troncos resaltaban los olmos de ramaje oscuro, proyectando frescas manchas de sombra que se movían lentamente. No lejos, un arroyo marcaba su sorturoso curso con sauces y mimbreras que á su orilla crecían. Más allá había un barranco trocado en vertedero, donde, entre montones de inundancias, vasijas rotas, guijarros, peladuras de hortaliza y charcas sucias bullían, picoteando el suelo, los patos, las gallinas y una alegre bandada

(Se continuará.)